

# HÁBITAT FEMENINO EN DISEÑO MASCULINO.

## ¿Cómo viven las mujeres las ciudades

Xenia Pacheco Soto

### I. Presentación

Esta ponencia trata sobre las percepciones y los significados que las mujeres construimos acerca de la espacialidad urbana, así como de las estrategias que elaboramos para habitarla. El espacio es una de las coordenadas básicas en la trama de las relaciones sociales, entre las que están las de género. Las formas personales y sociales en las estas se expresan, tienen ámbitos que conciernen tiempos y espacios particulares. Por ello, resulta fundamental para el desarrollo de los estudios de las mujeres, la profundización en el conocimiento de las maneras en las que el espacio es comprendido y utilizado por ellas.

Existen importantes obras teóricas sobre la interpretación y construcción de procesos sociales desde la perspectiva de las mujeres<sup>1</sup>, la mayor parte de las cuales no visualiza la coordenada espacial. Si bien los aportes de estas obras son de gran valor para el desarrollo del pensamiento feminista, hace falta estudiar críticamente el papel del espacio como *locus* del poder patriarcal. Su aparente neutralidad en los procesos socioculturales, las formas en que se mimetiza como si fuera una especie de "naturaleza muerta" para no levantar sospechas, debe despertarlas, como parte fundante de tales procesos.

El espacio es una construcción social e histórica, cuyas complejas interrelaciones con los agentes que lo construyen y habitan, poseen características específicas, de acuerdo con sus posiciones en las relaciones socioespaciales que incluyen las de género y se explican dentro de un contexto cultural patriarcal. Las mujeres hemos participado en los procesos que han originado las diversas formas de ocupación y organización del territorio, las cuales forman parte de los acervos culturales y proporcionan vínculos entre las generaciones, como parte de la memoria colectiva que liga pasado y futuro<sup>2</sup>.

Las relaciones de género, como relaciones de poder, influyen activamente en la configuración territorial de los espacios. Las percepciones y significados que se elaboran acerca de los sitios y paisajes, las formas diferenciadas de habitarlos, están fuertemente ligados a la condición genérica<sup>3</sup>.

La organización espacial, por tanto, no es neutra: responde a la lógica, las ideas y valores que la cultura jerarquiza como importantes y por tanto, requiere de su reproducción para asegurar su continuidad. En ese sentido, las configuraciones espaciales, entre las que se encuentran las ciudades, de manera más bien implícita y metafórica, adquieren carácter de "pedagogías" que "instrumentalizan" esa reproducción. Tales configuraciones propician aprendizajes para la construcción de mentalidades proclives al mantenimiento y la propagación de dichos valores culturales, con adaptaciones y resistencias más o menos importantes, de acuerdo con las vivencias de cada persona y las características de su grupo social.

Las ideas que expongo tienen su apoyo teórico especialmente en los planteamientos de la geografía de la percepción y del género y su referencia empírica la constituye la con-

---

<sup>1</sup> Me refiero a obras contemporáneas, en las que se plantean importantes aportes para el desarrollo del feminismo como paradigma cultural o teoría social. Por ejemplo, las de Simone de Beauvoir, Agnes Heller, Gerda Lerner, Celia Amorós, Marcela Lagarde.

<sup>2</sup> Cf. Lerner, G., *La creación del patriarcado* (Barcelona: Crítica, 1986) p. 20.

<sup>3</sup> Cf. Azcárate, T., "Mujeres buscando escenas y espacios propios", *Nueva sociedad* (Caracas, Venezuela) n. 135 (1995).

figuración espacial de las ciudades del Valle Central de Costa Rica y la manera en que las habitan trece mujeres de ese país, de clase media, la mayoría profesionales, casadas, de entre 25 a 50 años. El análisis de las entrevistas en profundidad que se les aplicó para construir la información, pretende evidenciar las interrelaciones entre las formas de organización del espacio urbano y la reproducción de los valores de la cultura patriarcal, especialmente expresados en los binarismos afuera-adentro, o exterioridad-interioridad y algunas implicaciones que éstos tienen en relación con las percepciones que ellas tienen de los espacios urbanos, así como de las estrategias que aplican para habitar las ciudades.

## II. Breve georreferencia

En el caso que nos ocupa, las ciudades que habitan las mujeres son los centros urbanos cantonales, distritos primeros de Alajuela, Heredia y San José de Costa Rica, en América Central. La situación de centralidad que tiene el valle en el que se encuentran dichas ciudades dentro del territorio costarricense, le da su nombre a la región, de 11.335.99 kilómetros cuadrados (44.7% del territorio nacional) y alberga a más del 69% de la población total del país y al 86% del total de población urbana del mismo, de acuerdo con el censo de población del 2000. Las ciudades, prendidas a las suaves laderas de la Sierra Volcánica central, se derraman en una pendiente que las lleva hasta el fondo del valle más o menos desde los 1200 metros sobre el nivel del mar, en una dirección E-O. La primera de esas cotas es el asiento de San José, capital de la república y la segunda lo es de la ciudad de Alajuela, la más baja y por tanto, la más soleada y calurosa de las tres. Heredia, situada en el medio de las dos, alcanza cerca de los 1000 metros de altitud. Cada uno de estos centros urbanos se encuentra separado entre sí por aproximadamente 20 kilómetros, aunque el fuerte proceso de urbanización a que están sometidos casi los ha integrado ya en una sola mancha urbana, mediante conurbaciones que prolongan sus plantas urbanizadas.

Los pasos intermontanos permiten la entrada de las masas nubosas provenientes del Caribe, de manera que los vientos alisios vierten su humedad con abundantes aguaceros sobre estos territorios de mayo a diciembre, para fecundar los fértiles suelos volcánicos, sustento durante más de un siglo de la ya decadente actividad cafetalera. La estación lluviosa declina en diciembre para dar paso a los alisios, ahora más fuertes, que barren la humedad durante la estación seca, mal llamada “verano”. Las temperaturas promedio anuales en las ciudades mencionadas, no bajan de 18 ni superan los 24 grados centígrados. La humedad relativa es, por lo general, superior al 75% a lo largo del año.

## III. El dato urbano

Los trazados clásicos del plano en damero, nacidos en el *castrum* o campamento militar romano, y la distribución de los principales elementos urbanos en ellos como la iglesia, la plaza central, los edificios de gobierno y el mercado, que aún conservan ese sitio en nuestras ciudades, nos hablan de la historia de los colonizadores españoles cuando éstos, a su vez, fueron colonia del Imperio Romano. La tradición urbanística ibero romana puede aún leerse en los planos de las ciudades que se han mencionado, por ejemplo, en el trazado de las calles y avenidas, que constituyen traducciones contemporáneas de *cardo* y el *decumanu* del *castrum* y que, al igual que éstos, funcionan todavía como distribuidores del flujo urbano<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Cf. Ponce, J. B., *Ciudades del Caribe y Centroamérica: del siglo XV al siglo XIX* (Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1993).

Los recorridos por estas ciudades permiten identificar los elementos urbanísticos señalados. Todas ellas tienen un distrito central de comercio con el mercado municipal como centro, aledaño al casco antiguo, en el que aún se concentran los símbolos del poder político religioso y económico emblemáticos de la ciudad: la iglesia, con su entrada principal mirando al ocaso, el parque central, los edificios del correo y la municipalidad, así como antiguas casonas de familias acomodadas, cuyos descendientes han migrado hacia nuevas áreas residenciales que representan hoy los nuevos sitios del poder económico de la ciudad. Las áreas residenciales se organizan alrededor del casco antiguo, no sin transiciones, rupturas y mezclas funcionales, de acuerdo algunas veces con el valor de uso del suelo, con la topografía o sitio de la ciudad o con la historia particular y el ritmo de su poblamiento. Estas áreas residenciales son relevantes en el contexto urbano regional del valle central porque corresponden a la función principal de dichos centros: son ciudades dormitorio.

Arquitectónicamente las ciudades del estudio son más bien bajas, con edificios de apenas tres a cinco pisos en sus lugares más céntricos, con escasez de sitios que nos recuerden su trayectoria histórica ya que muchos se han demolido o simplemente se han ido arruinando y esfumando sin dejar noticia de su existencia. Bien dice una de las mujeres entrevistadas, que la ciudad es una vorágine que se ha ido tragando sus recuerdos. Una excepción en cuanto a la altura de los edificios, no así, infortunadamente, al destino de las edificaciones con valor arquitectónico o histórico, la constituye San José, la capital nacional.

#### **IV. ¿Quiénes son las mujeres participantes?**

Se trata de mujeres entre los 25 a los 50 años, como se ha dicho, casadas con grupos familiares que corresponden con el modelo de familia nuclear típica, acorde con los estereotipos de ésta transmitidos en el ámbito sociocultural. Así, conviven con sus esposos en familias de dos hijos como promedio y mantienen relaciones de pareja con la misma persona con quien contrajeron matrimonio. Dos de ellas están recién casadas y no tienen hijos. Hay además, una mujer divorciada, con tres hijos menores de edad. El grupo de las solteras lo forman dos de ellas, una de las cuales tiene dos hijos de diferente compañero.

Más del 50% de las mujeres participantes tiene estudios universitarios completos, el 30% no terminó la secundaria y el 20% no terminó sus estudios universitarios. En correspondencia con el dato anterior de escolaridad, casi el 75% de las mujeres son profesionales. Este hecho, junto a otros como el de que habitan casas propias, y que sus niveles educativos alcancen los estudios universitarios completos, nos permite construir un perfil socioeconómico que las ubica como clase media. Sólo una de ellas podría decirse que pertenece a un estrato socioeconómico alto, por su origen de clase social.

No obstante lo anterior, podría decirse que, de acuerdo con sus historias personales, la mayoría pertenece a un sector de la población costarricense de fuerte extracción rural, que aprovechó las oportunidades de desarrollo propiciadas por el modelo de estado benefactor en la última mitad del siglo pasado, específicamente las de salud y educación, que constituyeron un vehículo de ascenso social. Pero también hay que mencionar el fuerte proceso de empobrecimiento en que se encuentra la clase media costarricense en el marco del neoliberalismo y la globalización y que afecta también a estas personas.

Las profesiones u oficios a que se dedican las mujeres entrevistadas fueron un criterio de selección importante en este estudio, dado que mediante su desempeño, ellas establecían relaciones particulares con los espacios de las ciudades, mediante sus rutinas en sus vidas cotidianas, lo cual propiciaba también diferentes maneras de percibirlo y habitarlo.

Así, participaron una geógrafa, una médica, una arquitecta, una trabajadora del sexo, una ama de casa, una decoradora de interiores, una vendedora de verduras, una taxista, una relacionista pública, una psicóloga no vidente, una filóloga, una secretaria y una profesora de inglés de educación media.

## **V. Percepciones y significados: construyendo la información**

Para las mujeres que colaboraron con este trabajo, la ciudad empezaba donde terminaban los sitios que les eran más familiares, es decir sus casas, que representaban el “adentro”, “lo interior”, donde la cultura patriarcal les había indicado que es su lugar “natural”. El vecindario primero y luego el barrio, donde se ubicaban sus casas, constituía un umbral entre ese sitio conocido y familiar y la ciudad propiamente, que les resultaba, entonces, “el afuera”, amenazante y confuso.

Las mujeres del estudio perciben a la ciudad como un espacio ajeno, más bien centrífugo, poco amigable, cuya lógica de organización les resulta extraña, empezando por la escala a la que han sido construidas que responde más a la estatura masculina de 1.70 metros, según lo aclara la arquitecta que participó en el estudio.

A pesar de que las mujeres entrevistadas, como parte del grupo humano que habita la ciudad, comparte con este, códigos, significados y usos básicos de ese espacio, expresaron no haber desarrollado vínculos de pertenencia particulares. Al respecto dicen habitar ciudades diseñadas desde la perspectiva masculina, en las que no fueron tomadas en cuenta. Esto no es una trivialidad si entendemos que la organización espacial, en este caso, de las ciudades, no es tan solo producto de factores materiales, sino que contiene y expresa estructuras simbólicas, que a su vez remiten a formas de vivir y entender la realidad.

La disposición y el ordenamiento de los elementos urbanos no responde, de acuerdo con la opinión generalizada de las entrevistadas, a sus necesidades, particularmente a las de movilización, transporte, recreación y tampoco les permite una lectura comprensible del espacio que les facilite habitarla.

Como sabemos, la ciudad expresa su hegemonía territorial mediante la materialización de su característica más importante, como lo es, la aglomeración de sus elementos más importantes: la población, la planta edificada, los medios de consumo colectivo, el capital, el gobierno, las actividades culturales organizadas más relevantes, así como los servicios que van desde los más elementales hasta los más sofisticados. Los signos de esta particular identidad urbana constituyen elementos eje en las percepciones que las mujeres tienen de las ciudades que habitan y casi todas les confirieron significados parecidos. De esta manera, cuando se les consultó acerca de cuál era la imagen que acudía a sus mentes cuando se mencionaba la ciudad, ellas hicieron referencia a los elementos de los centros de aquella: los parques, las iglesias, los almacenes de comercio, tiendas, los bancos, los edificios de gobierno, aclarando que se trataba de aquellos que se localizan en el centro de la ciudad.

Otro eje de identificación del concepto “ciudad” en las percepciones de las mujeres fue el de la contigüidad de las construcciones en la planta edificada y señalaron también que la fragmentación del espacio urbano en áreas funcionales dificulta no sólo la comprensión de este espacio, sino también su acceso.

En el enjambre que representa la ciudad para las mujeres entrevistadas, ellas identificaron, como parte fundamental de sus percepciones, sitios particulares a los que las ligaban experiencias gratas, con los que han construido vínculos afectivos. Son los espacios de la topofilia, de acuerdo con la Geografía de la Percepción, como, por ejemplo, determinadas calles arboladas, cafeterías, algunas esquinas, asiento de casas viejas, testigos de acon-

tecimientos religiosos o cívicos y hasta amorosos. La característica común de esas percepciones eran, entre otras, las de ser sitios pequeños, a los que ellas podían trasladar la condición de “interioridad”, siendo espacios básicamente exteriores, según los ha connotado la cultura patriarcal, y por tanto, vedados a las mujeres.

## **VI. Estrategias para habitar la ciudad**

Habitar un espacio significa vivir en él, integrarlo a nuestras actividades, construirlo al relacionarnos con él, conferirle sentido como seres sociales e individuales. También habitar significa expresar espacialmente nuestra territorialidad, como elaboración personal, particular, engarzada a una cultura que alimenta sus significados. Esa doble dimensión de vivir el espacio, se encuentra presente en las formas diversas en que las mujeres entrevistadas experimentan la ciudad y construyen estrategias para habitarla. Algunas de ellas son las siguientes:

a. Los trayectos y recorridos que realizan las mujeres entrevistadas son, por lo general, en línea recta, especialmente por las características del plano en damero de las ciudades donde viven y comunican sus casas con los lugares donde trabajan y, por lo general, aquellos donde estudian sus hijos e hijas, sobre todo cuando estos son aun pequeños. También comunican los sitios donde hacen sus compras, de acuerdo con las necesidades del grupo familiar.

La mayoría de las mujeres vive en barrios o urbanizaciones relativamente alejados de los centros de las ciudades, como es típico de los nuevos sectores urbanos para uso residencial, que han nacido y se han desarrollado tan aceleradamente, empujadas por los procesos de suburbanización. Es más, algunas mujeres viven en una ciudad, pero trabajan en otra por lo que tienen que desplazarse hasta ellas mediante su propio auto o en servicio colectivo de buses. Esta circunstancia impacta tanto sus presupuestos como la organización temporal y espacial de sus rutinas diarias, que dependen de los horarios y sitios de ubicación de las paradas y terminales de ruta de los buses.

Por otra parte, el tránsito dentro de las ciudades se dificulta por la estrechez de las aceras, la disposición en ellas de elementos que entorpecen el desplazamiento, como lo son, entre otros, la ubicación de teléfonos públicos o postes del alumbrado eléctrico, las ventas ambulantes con sus *chinamos* y artefactos, la ubicación de autos en ellas, etc.

b. Los itinerarios personales que las mujeres entrevistadas han elaborado a partir de sus experiencias, forman parte de las estrategias que construyen para habitar las ciudades. Son rutas alejadas lo menos posible de las áreas que les son familiares, reconocibles. Hay poca o ninguna exploración de sitios nuevos o de rutas que podrían ser alternativas.

Se puede afirmar que los criterios que se utilizan para seleccionar las rutas son de seguridad más que de accesibilidad, o cuando mucho, de una combinación de ambas, donde se privilegia lo primero.

c. También las mujeres entrevistadas, habían elaborado una especie de cartografía mental de las ciudades donde viven, y en ellas tenían claros los límites y las fronteras entre espacios y sectores., utilizando para hacer esas demarcaciones, especialmente elementos como las rutas de circunvalación , la ubicación de edificios emblemáticos de la ciudad, por ejemplo, la universidad, o sitios como el cementerio. Por lo general se trataba de sectores situados en los extrarradios de la ciudad y algunas veces habían correspondido a antiguas limitaciones al crecimiento de la ciudad, que ya los ha superado, tales como quebradas o riachuelos, que por lo general van acompañados de topografías que dificultan el uso urbano del suelo.

d. Las mujeres prefieren hacer sus recorridos acompañadas o por rutas transitadas por gente y automóviles, para no sentirse aisladas, expuestas a, como ellas dicen “los peligros que entraña lo extraño”.

Los atajos se toman si son seguros o si permiten obviar el tránsito por sitios connotados como áreas socialmente degradadas, “zonas rojas”, donde convergen prostíbulos, bares, cantinas, salones de baile, donde están situadas muchas de las terminales de autobuses. También se evitan barrios u otras áreas residenciales con escaso movimiento, calles, avenidas o parques solitarios o mal iluminados.

Muy probablemente se puedan identificar otras estrategias que las mujeres tienen para “sobrevivir” en espacios tan poco amigables como las ciudades, en general para todos y todas, pero muy hostiles particularmente para las mujeres, según sus propias vivencias y testimonios. Algunas de esas estrategias pueden ir desde las mágicas, como portar en la cartera una piedra especial, la estampita de algún santo, o decir algún mantra tranquilizador. Otras estrategias podrían ser, ocultar el cuerpo con cierto tipo de ropa para pasar desapercibidas, mirar hacia el horizonte sin descuidar los huecos de la acera... En fin, cada mujer tiene su repertorio personal de estrategias y probablemente también haya creado interesantes combinaciones entre ellas. Las que he señalado aquí, corresponden a las expresadas por las mujeres participantes durante la entrevista.

## **VII. A manera de conclusiones**

Nuestra vida de todos los días discurre en interacción permanente con los espacios que habitamos. Mediante esas interacciones que constituyen parte de la compleja trama en la que se organizan las relaciones sociales, participamos en la construcción social de esa coordinada fundamental para la vida que es la espacialidad.

El espacio geográfico es, al mismo tiempo, personal y social, como también es físico y mental. Cada ser humano le confiere los límites y significados que aprende de su grupo sociocultural y también los modifica de acuerdo con sus experiencias particulares, para que haya coherencia entre aquél y la forma de comprenderse a sí mismo y al mundo.

La percepción del espacio y por tanto, las maneras de habitarlo y construirlo no es la misma para mujeres que para hombres, para jóvenes que para ancianos, para analfabetas que para profesionales y si bien hay un cúmulo de aspectos referentes a la territorialidad que podrían ser compartidos, digamos, universalmente, también es cierto que las características mencionadas establecen interpretaciones, percepciones y significaciones diferenciadas acerca de la importancia de la coordinada espacial.

En concordancia con lo anterior, habitar los espacios, vivirlos, es una experiencia estrechamente relacionada con la posibilidad de asignarles significados, así como de interpretar adecuadamente sus signos y símbolos, de acuerdo con los códigos que la cultura a la que pertenecemos, ha elaborado para realizar tal lectura. De esta manera, la vida cotidiana de cada persona tiene sentido, se desplaza fluida y coherentemente con la coordinada espacial, la cual asume como “natural”, al punto que se torna “invisible” para ella.

La experiencia de habitar significativamente los espacios, como en este caso, las ciudades, está muy relacionado con la participación en su construcción y organización. Por eso es muy importante que las mujeres tengamos la posibilidad de intervenir creativa y solidariamente con los hombres, en la planificación y organización de las ciudades, porque los usos a que predispone dicha organización, y las funciones que cumple, actúan en nuestros aprendizajes de la genericidad, legitimando y reproduciendo las valoraciones sociales que se asignan a cada territorio.

Cuando se dice, por ejemplo, que “la casa es para la mujer y la calle es para el hombre”, se están asignando características genéricas diferenciadas a cada uno de esos espacios. A esa aseveración popular se encabalgan un sinnúmero más, creadas culturalmente, que intervienen en las maneras en que cada género usa y se apropia de los espacios. No obstante, si bien las configuraciones espaciales no son genéricamente neutras, tampoco son unívocamente femeninas o masculinas. Más bien son los comportamientos territoriales de las personas y sus géneros los que determinan, en diferentes momentos, si un espacio tiene significados femeninos o masculinos.

El espacio es parte de la misma construcción social que elabora los contenidos diferenciados por género de la cultura, en la que participamos mujeres y hombres, cotidianamente. Observar su ordenamiento, participar en su construcción, levantando ligeramente el telón del escenario que nos parece tan familiar y neutro, nos permite descubrir los hilos ocultos de su trama, de manera que la verosimilitud de la apariencia del paisaje, en este caos, del urbano, deje paso a la duda, a la incertidumbre y propicie nuevas lecturas, resignificaciones y aprendizajes.

### Referencias bibliográficas

- Amorós, C., *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Buenos Aires: Paidós, 1983.
- Argüello, M., *Desarrollo urbano*. San José: EUNED, 1981.
- Ardener, S. *Women and space. Ground rules and social maps*, Oxford: Berg Publishers Limited, 1993.
- Azcárate, T., “Mujeres buscando escenas y espacios propios”, *Nueva sociedad*, n. 135, Caracas, 1995.
- Berger, P. y Luckmann, T., *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Bordieu, Pierre, *La dominación masculina*, edición en español: Barcelona: Anagrama, 2000.
- Bosque, J. y otros, *Prácticas de geografía de la percepción y de la actividad cotidiana*, Barcelona: Oikos-Tau, 1992.
- Capel, H. y Urteaga, L., *Las nuevas geografías*, Barcelona: Salvat, 1984.
- Colombara, M. “¿Cómo vivimos la ciudad las mujeres?”, *Fempres: mujer y hábitat*. Santiago, Chile.
- Pacheco, Xenia, “El espacio del género en geografía”, *Revista geográfica de América Central*, Heredia: Universidad Nacional, n. 34, 1996-1997.
- Ponce, J. B., *Ciudades del Caribe y Centroamérica: del siglo XV al siglo XIX*, Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1993.
- Sabaté, A. y otras. *Mujeres, espacio y sociedad*, Madrid: Síntesis, 1995.
- Sánchez, F., *El espacio y sus símbolos. Antropología de la casa andaluza*, *Revista española de investigaciones sociológicas*, n. 52, 1990.
- Serrano, G. *Investigación cualitativa, retos e interrogantes*, México: Muralla 1994.
- Ritzer, G., *Teoría sociológica contemporánea*, México: McGraw Hill, 1994.
- Valle, T. del, *Andamios para una nueva ciudad*. Cátedra, Valencia, España. 1997.
- Wigley, M., “La deconstrucción del espacio”, *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, México: Paidós Mexicana, 1998.